

funda, continuada y poco común, con que aquel público, en que dominaban los jóvenes, los modestos obreros hambrientos del manjar intelectual que buscan con empeño, escuchó las hermosas creaciones del genial artista hasta muy avanzada la noche, y en los aplausos entusiastas con que acogió la lectura de todas las obras. Y todo ello me demuestra que el público de Reus, puede y sabe sentir el arte, y no necesita, para progresar en ese terreno, sino que frecuentemente venga algún Rusiñol con sus cantos, á despertarle del prolongado sueño que embota sus sentidos.

Precisamente por esa causa, porque creo eso, es porque aplaudo la iniciativa de los socios del «Centro» que han organizado las *sesiones íntimas* de lectura, y les ofrezco mi pobre concurso. Estoy convencido de que, al llegar al término de su labor, podrán ver con satisfacción que sus desvelos no han sido en vano. Y tanta fé tengo en sus buenos resultados, que ahora mismo, viénenme ganas de explicar á mis lectores lo que esas veladas son, lo que significan, y el fin que persiguen sus organizadores, en la creencia de que, al solo anuncio de todo ello, los que me leen y aún no han asistido á ninguna sesión, subyugado por la indiscutible bondad de la empresa y por la seguridad del completo éxito que ha de coronarla, acudirían presurosos á cuantas sesiones se celebrasen, y á ellas llevarían su concurso individual para hacer más fecunda la útil labor colectiva. Pero me falta espacio, y me veo en la imposibilidad de poder realizar mis propósitos, los cuales, lectores míos, dejaré para otra ocasión, con vuestra venia.

O. Rovellat y Prat.

CAMPOAMOR

(Estudio de sus obras poéticas)

I

¡Campoamor, el insigne vate, descansa en brazos de la parca! En su privilegiado cerebro no germina la idea...; en sus pálidos labios no anida el beso...; en su noble corazón no hay la pureza ni el aroma del postrer amor...

El lúgubre concierto de las campanas que implora una oración por el muerto, hiere mis tímpanos cual último eco de la lira que ¡para siempre! enmudece, cual última nota del laúd cuyas divinas vibraciones, inmortalizadas por el genio, hacen *sentir* la belleza de la armonía y *resaltar* la fuerza del pensamiento.

Lloremos al poeta y con él la muerte de la mejor poesía, porque Campoamor fué el *único* que unió siempre á las frívolas galas de la rima los inmarcesibles tesoros del pensamiento; y no olvidemos al bardo, de divino estro, cuyas creaciones serán releídas mientras exista la atracción de la belleza, como

“mientras exista una mujer hermosa
habrá poesía..”

Y vosotras mujeres, flores de sus amores, elevad

sobre el *humo* de su *gloria* vuestro incienso, y sea nuestro corazón el incensario.

PRIMERA ÉPOCA DE CAMPOAMOR

(«*Ternezas y flores*», «*Fábulas*» y «*Ayes del alma*»)

Aún que sin poseer el caudal de conocimientos necesarios para emprender obra tan vasta y difícil, como es, hacer resaltar las infinitas bellezas que atesoran las inmortales creaciones del *Maestro, sin discípulos*, me atrevo á acometer tal empresa escusado por mi buen deseo y protegido por el gran cariño que profeso á las obras, divinas concepciones, de *mi* poeta.

No pretendo hacer, apesar de mi atrevimiento, un estudio concienzudo de todas sus obras porque, en primer lugar, son escasas mis fuerzas para semejante trabajo, y luego porque sería abusar de la probada paciencia de mis lectores, empeñarme en ello sin poseer el arte de sostener el interés hasta el fin. Pretendo, tan solo, hacer un ligero estudio, un breve bosquejo, de las obras poéticas de Campoamor.

Pero antes de enfrascarnos en las bellezas de las composiciones del gran vate, tratemos en breves líneas del *defecto* de nuestro poeta, para mayor ilustración del lector ó lectora. Hubo críticos (no sé que hoy los haya) que sea por las ideas algo escépticas de alguna de sus poesías, sea por otro motivo, que algo tiene que ver con la envidia, acusaron á Campoamor de *plagiario*, y es que esos críticos olvidaban que su *victima* decía en una *dolora* que

Tarde ó temprano es infalible el mal.

y los infelices no comprendieron que con sus diatribas se hacían pigmeos. Mas, por necesidad tenían que existir tales críticos, viles acusadores; pues, así como en torno de todo lo nuevo, inesperado y grande se agolpa la turba de chiquillos que aplaude como apedrea, así esos críticos tenían que agolparse cerca del innovador para aplaudirle y echarle flores si preconizaba sus ideales, para apedrearle y mancharle el rostro si combatía su fanatismo: no, para apreciar imparcialmente su mérito; no, para estudiar la evolución de sus ideas, sino para manchar, para hundir al genio....—¡Pobrecitos!....—diría Campoamor.

¿Quién defendió á Campoamor? El mismo. ¿Cómo? Con el siguiente cuento que se lee en las páginas de su *Poética*: «Cuentan que el célebre Nelson, herido de muerte en la batalla de Trafalgar, se hacía dar cuenta, momentos antes de espirar, del curso del combate, y decía á sus segundos: «Dejaos de apuntar á las arboladuras. ¡A los cascos! ¡A los cascos!» Así se defendió el filósofo-poeta; así, sin cleuasno, sin diasirno, sin sarcasmo: como se defiende el genio, con el genio. ¡Pobres críticos! Al provocar al gigante no midieron sus fuerzas y se vieron vencidos por el ingenio de Campoamor: pero felices ellos si aprovechan la

lección y aprenden y escarmentan para otra vez pues, no habrá ocasión para que se les diga: dejaos críticos miopes, rebuscadores de coincidencias dudosas y vulgares y de versos insignificantes; dejaos de reminiscencias, de asonancias y de versos. A los planes de los asuntos y á la filosofía de los planes! ¡A los cascos! ¡á los cascos!

También se ha culpado á Campoamor de descuido en la forma, por «esos contrabandistas inversos que inflan las composiciones y almidonan después su flácida epidermis, para hacer creer en las aduanas literarias que llevan género de consumo», cuando la propia redondez de la mercancía indica bien á las claras que es aire y no otra cosa lo que contienen.

No eludiré el ataque: en los versos de Campoamor, macizos de ideas, nótanse algunas veces á través de la envoltura las angulosidades del contenido. Pero, según el prologuista de sus obras, circunscribir una esfera al poliedro, sería aumentar inútiles segmentos, y la escuela de Campoamor hace la guerra á lo superfluo; inscribir la esfera, esto es, limar las aristas, sería desvirtuar el pensamiento, y la idea debe resaltar en toda su pureza.

Las pocas veces que los versos de Campoamor resultan duros ó premiosos, es porque no puede ser de otro modo. Cuando un pensamiento no encaja por completo en el molde de la rima, es menester resignarse y sacrificar la tersura de ésta á la realidad de la idea; que sucede con ella lo que con esas *lágrimas bádivicas* que hacen los fabricantes de vidrio, y que se desmoronan y reducen á polvo por el más pequeño encuentro ó el choque más insignificante.

Para demostrar con nuevos argumentos la verdad de lo dicho, Núñez de Arce nos dará el siguiente: «Cuando la poesía desconociendo su potencia intelectual y creadora, se cuida más de la forma que del fondo, y pretende competir con sus hermanas en la belleza plástica y harmónica, la poesía desfallece y decae, porque no dispone del cincel, de la paleta, ni del instrumento musical; la materia se le escapa de entre las manos; quiere sujetarla, y abraza el vacío. La poesía para ser grande y apreciada debe pensar y sentir »

Pero dejemos materia tan odiosa, pues su mejor defensa la ha hecho el tiempo haciendo tributar á los acusadores homenaje al talento, y corramos, atraídos por la magia de los pensamientos, á grabar en nuestros cerebros *la poesía de las ideas* cantando la gloria del poeta con aquellos versos de Peón Contreras:

¡Hoy la posteridad tu nombre canta,
la vil calumnia desarruga el ceño,
y pedestal eterno te levanta!

Y así, pregonando su fama, pasemos á estudiar su primer tomo de poesías. «Ternezas y flores».

R. Wyneken y Segimón.

(Continuará.)

ALEGORÍA

La veji hermosa y gentil
com creació de poeta,
lluminosa com un sol,
com lo mes de maig, riatllera.

Anava venint, venint
desde llunyanes esferes
y acompanyada d'un chor
de perfums, aucells y strelles.

Les aures s'han despertat
al ovirar sa bellesa
y á plantes y á papellóns
los hi han dit á cau d'orella:

—Despertáu, los bons jermáns,
despertáu, que vé la Reina,
y no es un vasall fidel
qui, ensopit, no corre á rebrer-la.

Despertáu, purs y blanchs llirs;
despertáu, les violetes;
deixáu la dolsa non-non,
margarides y asutzens:

deixáu lo vostre bland llit,
papellóns d'ales enceses,
que ja us speran les flors
perque us desposéu amb elles;

que del riu s'ha fos lo glas,
que'l sol amorós calenta,
que ja s'ha acabat l'hivern,
qu'ha vingut ja nostra Reina.—

Y així anavan sospirant
de la plana á la verneda,
de la rosa al papelló,
del claveller á la lluherna.

Y allá, encara lluny, molt lluny,
anava avantsant la Reina,
acompanyada d'un chor
de perfums, aucells y strelles.

Dos alats y hermosos nins
volejavan davant d'ella,
qu'am los seus ditets rosats
tiravan petóns á terra.

A cada petó dels seus,
una poncella se'n reya
y, trencant son botó d'or,
quedava una flor ja feta.

A cada petó dels seus,
ales una cuca treya
y quedava un papelló
vestit de rubís y perles.

A sa vista, embadalit,
lo cor fortament batega;
¡lo pobre cor, despullat
de perfums, aucells y strelles!

—¡Ay! nins, los hermosos nins,
que llensáu petóns á terra,
¡si la volguessiu besar
á la pobre ánima meva!...—

Al dir aixó paran son vol
y'm miran amb ulls alegres
y un á l'altre somrisents
se parlan á cau d'orella.